

CREDO Y CONQUISTA<sup>1</sup>

La naturaleza del nacionalismo estadounidense es un tema injustamente descuidado. Pocos ciudadanos de Estados Unidos reconocerían que son «nacionalistas». Pero los «patriotas» no son difíciles de encontrar, y tampoco aquellos que enarbolan la bandera desde su porche. Los europeos, habitantes de países devastados por guerras que mataron a más de 100 millones de personas en el pasado siglo, y ciudadanos de países obligados a retirar sus propios proyectos imperiales, tienen ahora un sentimiento de destino nacional y de yo nacional más escarmentado.

Anatol Lieven está convencido de que la fuerza del reflejo nacionalista en Estados Unidos ayuda a explicar la tendencia beligerante y unilateralista de la política estadounidense durante el gobierno de George W. Bush. Le preocupa que, junto al daño provocado por la globalización dentro del propio Estados Unidos, el nacionalismo del país pueda alimentar mayor agresividad y arrogancia. Con la excusa de expandir «la llama de la libertad», Estados Unidos extiende actualmente sus crasos intereses materiales y su dominación militar. Esto es malo para los estadounidenses y peligroso para todos los demás. Lieven cree que tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, Estados Unidos «tuvo la oportunidad de establecer un concierto de todos los principales países del mundo –incluidos los musulmanes– contra el terrorismo revolucionario islámico». Pero Washington «prefirió por el contrario seguir políticas que dividieron a Occidente, alejaron más al mundo musulmán y expusieron al propio Estados Unidos a un peligro mucho más elevado». La Casa Blanca explotó la oleada de temor e ira nacionalista para intentar alcanzar proyecciones durante mucho tiempo calibradas del poder militar estadounidense. En opinión de Lieven, la ideología patriótica estadounidense es particularmente inadecuada para la situación y para las responsabilidades de la única superpotencia mundial.

*America Right or Wrong* está dirigido, ante todo, a las «clases políticas estadounidenses» –políticos, expertos en política y creadores de opinión– y es un

---

<sup>1</sup> Anatol LIEVEN, *America Right or Wrong: an Anatomy of American Nationalism*, Londres, HarperCollins, 2004, 320 pp.

ruego a que renuncien al nacionalismo extremista de derecha que se extiende desde la Casa Blanca de Bush, pasando por columnistas como Charles Krauthammer, Robert Novack y William Safire, hasta llegar a muchos miembros pasados y presentes del Partido Demócrata. Lieven cree que estas «clases» tienden a deleitarse con el poder estadounidense y a imaginar que por medio de bombardeos aéreos es posible hacer que otros pueblos abandonen sus modos de vida atrasados y se adapten a la receta estadounidense de capitalismo y democracia. Los políticos, los articulistas y los aspirantes a estrategas políticos estadounidenses consiguen prosperar apoyando a grupos de presión, garantizando el respaldo de los imperios de comunicación derechistas y, sobre todo, reafirmando la orgullosa ignorancia y el aferrado sentimiento de agravio nacional característico del interior estadounidense. El 11 de Septiembre dio a este sentimiento de agravio un feroz emblema: «probablemente no haya un elemento más peligroso en toda la mezcla nacionalista que el sentimiento de victimismo justo. En el pasado, este sentimiento ayudó a hundir a Alemania, a Serbia y a numerosos países más, y ahora está en proceso de hundir a Israel». Los ciudadanos estadounidenses consideraron que la matanza de quienes se encontraban en las Torres Gemelas validaba una serie creciente de iniciativas militares unilaterales contra los supuestos autores del acto terrorista. El sentimiento de intensa vulnerabilidad llega a explicar, cree, el respaldo generalizado a la política bélica constatable en el Congreso y entre los votantes. Pero el autor explora también las raíces históricas de este sentimiento de especial destino y orgullo nacional.

Lieven sostiene que el nacionalismo estadounidense comprende, en primer lugar, la «tesis»: a saber, el «Credo estadounidense», que resalta la importancia básica de la libertad y de la igualdad de derechos para la identidad nacional, y el deber que Estados Unidos tiene de extenderlas a todas las partes del mundo. En segundo lugar, el nacionalismo estadounidense incluye la «antítesis», que aprecia las tradiciones populares estadounidenses alimentadas por los blancos sureños y del medio oeste, a menudo en contradicción con el universalismo del Credo estadounidense, con la voluntad declarada de dar asilo a los oprimidos y a los perseguidos, las «masas arrodilladas» de otros países.

Escritor de extracción ruso-germana e irlandesa, Anatol Lieven cubrió Afganistán y la ex Unión Soviética para la prensa británica en las décadas de los ochenta y los noventa. Ha pasado los últimos años principalmente en Estados Unidos, investigando y escribiendo para grupos y centros de investigación de política exterior estadounidenses. *America Right or Wrong* es una obra legible, oportuna y valiente, con una perspectiva innovadora que deriva de la condición foránea del autor. Está llena de reflexiones originales. Algunas son sesgadas y partidistas, pero su disposición a rechazar las contraseñas del *establishment* de la política exterior estadounidense resulta tonificante, y compensa ampliamente unas cuantas oportunidades perdidas.

La dicotomía «tesis-antítesis» en la que se organiza el libro insinúa a veces la posibilidad de que el propio Credo estadounidense aporte los impul-

sos saludables necesarios para contener y suprimir el chauvinismo agresivo de la «antítesis». Lieven escribe que: «En Estados Unidos, las tendencias imperialistas han estado atemperadas por la convicción, derivada del Credo, de que Estados Unidos no tiene y no debe tener un imperio, y, asimismo, por el aislacionismo y por la falta de voluntad para asumir los sacrificios requeridos para establecer un imperio». No está, sin embargo, afirmando que el «Credo» sea una fuente fiable de antiimperialismo –muy al contrario, como ya veremos– y aunque admite otras fuentes de sentimiento antiimperial, como el aislacionismo o la aversión al sacrificio, también éstas resultan viciadas y débiles.

Históricamente, el Credo ayudó a limitar la cantidad de posesiones extranjeras adquiridas por Estados Unidos: Puerto Rico y una formidable red mundial de bases, pero nada parecido a los imperios coloniales de antaño. Así, tras la guerra hispano-estadounidense de 1898, surgió un perceptible Movimiento Antiimperial que exigía poner fin a la ocupación de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Entre varios argumentos, apelaba a algo parecido al Credo estadounidense. Por supuesto, la propia declaración original de guerra contra España había invocado la causa de la libertad colonial, apoyando a los cubanos contra la tiranía española. A corto plazo, sólo Cuba consiguió una libertad restringida –coartada por la Enmienda Platt, que daba a Estados Unidos derecho a intervenir militarmente–, viéndose además obligada a ceder el puerto de Guantánamo al ocupante. Los intentos españoles de aplastar la insurgencia cubana habían devastado la isla en tal medida que las condiciones estadounidenses fueron aceptadas con poca oposición. A plazo más largo plazo, Estados Unidos se abstendría de adquirir nuevas colonias y reconocería la independencia de Filipinas, consiguiendo nuevamente una enorme base militar como garantía de partida. A los estrategas estadounidenses les gustaban las bases y las concesiones comerciales; pero una vez absorbidas las regiones escasamente pobladas de Norteamérica, rechazaron la responsabilidad de administrar territorios.

Lieven considera que el ingenuo universalismo del Credo –la opinión de que las instituciones y los valores estadounidenses tienen aplicación universal– constituye la fuente de la acción y la aspiración imperiales. Sostiene que el Credo define de hecho a Estados Unidos de la misma forma que el comunismo definía a la Unión Soviética. En cuanto país compuesto por sucesivas oleadas de inmigrantes, Estados Unidos se mantiene gracias a los principios y a una Constitución, no a la etnia. En opinión de Lieven, ni siquiera los partidarios supuestamente cultos y liberales de la vocación estadounidense de extender la democracia registran la imposibilidad de «construir nación». Sostiene que el único éxito estadounidense en la expansión de la democracia *manu militari* fueron las ocupaciones de Alemania y Japón, pero ambas eran ya naciones establecidas que se habían embarcado mucho antes en la modernización. Para Lieven, las simplicidades de las cruzadas de la política exterior estadounidense son a menudo reforzadas por ONG incapaces de apreciar la necesidad de estabilidad y de Estados fuertes como base para la libertad y la democracia.

El impulso estadounidense hacia la dominación mundial no sólo debe mucho al «mesianismo nacional» del Credo estadounidense, sino que, para Lieven, también genera respaldo popular a partir de los temores y las fobias de la «antítesis». En el siglo XIX, la mayoría de los patricios de Nueva Inglaterra no se sentía con ánimos para la expansión continental y, como él demuestra, fueron Thomas Jefferson y Andrew Jackson, apelando al sur, al oeste y a los hombres de la frontera, los que proporcionaron el liderazgo necesario para la expansión continental. En periodos subsiguientes, muchos de los soldados de a pie del imperio, y no pocos de sus generales, han salido de los Estados anteriormente pertenecientes a la Confederación. Lieven muestra adecuadamente las formas de canalizar el resentimiento y la amargura de los perdedores internos hacia las misiones imperiales. A lo largo de los pasados veinte años, el Partido Republicano aprendió a controlar el sentimiento de humillación y traición experimentado por muchos trabajadores estadounidenses que ven su prosperidad arruinada por el descenso de los salarios y el traslado de empresas al extranjero. El nacionalismo estadounidense comprende el Credo y la antítesis, al igual que las versiones conservadoras del nacionalismo francés o indio consiguen combinar motivos tradicionales y modernos.

*America Right or Wrong* se centra principalmente en grupos de ideas y sentimientos que ayudan a generar respaldo popular al imperio, y en mucho menor medida en las fuerzas motrices de la propia expansión imperial. En *Las amenazas del imperio: militarismo, secretismo y el fin de la república [The Sorrows of Empire]* (2004), Chalmers Johnson proporciona un análisis magistral de los impulsos que subyacen al establecimiento de la extraordinaria red de bases e instalaciones militares estadounidenses en todo el mundo. Johnson transmite la idea de que existe una lógica de poder tal que si un gran Estado puede adquirir una ventaja, se verá tentado a hacerlo. También demuestra que los propios militares nunca se sienten cómodos a no ser que puedan frenar a un rival en potencia. Aunque quizá no presionen para iniciar un conflicto, siempre les alegrará ver cómo se amplía su alcance global. En una línea similar, Lieven sostiene que el enfrentamiento de la Guerra Fría dejó en herencia una paranoia sobre las amenazas que el Este supone para la seguridad y una arraigada suspicacia contra Rusia y China que todavía influye en la resolución militar estadounidense de no permitir que surja un «competidor igual». Antes del 11-S ésta era la principal preocupación de Washington y la justificación para retomar el programa de la «Guerra de las Galaxias». La guerra contra el terrorismo no hizo que se abandonara esta perspectiva, sino que permitió mantenerla por otros medios. Ciertamente es un avance para la dominación estadounidense el que el Pentágono haya podido establecer nuevas bases no sólo en Oriente Próximo, sino también en Afganistán, Uzbekistán, Kirguistán y Tayikistán.

La fuerte dependencia que Estados Unidos tiene del petróleo, y la creciente dependencia de los productos importados, se invoca brevemente como factor que influye en la política exterior y en los objetivos militares estadou-

nidenses. En las primeras tres décadas del siglo xx, el gusto de los estadounidenses por el azúcar, el café y los plátanos también fue un factor, junto con las preocupaciones estratégicas y el cobro de deudas, en una serie de intervenciones militares estadounidenses por toda la zona del Caribe. En lo que respecta al petróleo, muchos ciudadanos estadounidenses saben que, sin combustible barato, su vida –incluido el acceso al empleo y a las compras– sería más difícil. Pero si no cabe duda de la dependencia que Estados Unidos tiene del petróleo, ¿por qué no puede un país rico confiar en los intercambios comerciales normales para obtenerlo? Por una parte, los productores quieren vender el petróleo a cualquiera que esté dispuesto a pagarlo; por otra, las guerras y las ocupaciones interminables aumentan su precio. Si se pudiera convencer a Estados Unidos de que abandonara todas sus bases e instalaciones militares en el extranjero, el país podría recortar a la mitad su presupuesto de defensa y la capacidad de compra de sus consumidores sería, si cabe, aún mayor. Europa y Japón dependen mucho más de las reservas de petróleo importado, pero esto no ha lesionado su economía.

La fuerza de buena parte del análisis de Lieven reside en su agudo sentido de las perspectivas y de los impulsos que animan a los encargados de la política exterior y a la elite política estadounidense más en general. Pero este enfoque puede constituir también una limitación, ya que raramente tiene en cuenta las fuerzas populares que podrían frenar, en lugar de animar, las tendencias belicosas. El análisis que hace de las tradiciones potencialmente antiimperialistas en la historia estadounidense es un tanto apresurado, y evoca principalmente «la tremenda resistencia y el dinamismo de la sociedad, los valores y las tradiciones democráticas de Estados Unidos». No examina ocasiones pasadas en las que se doblegaron los impulsos beligerantes o imperiales. Por ejemplo, el descenso del respaldo a la guerra en Estados Unidos influyó tanto como la tenacidad de la resistencia vietnamita en la retirada de Vietnam. El sentimiento antibelicista tardó varios años en desarrollarse, alcanzando finalmente niveles en los que hizo políticamente imposible la prosecución del conflicto. Se escucharon argumentos del Credo estadounidense –comparando a Ho Chi Minh con Washington– pero había otras muchas fuentes de objeción, notablemente el pacifismo, ya fuera ético o prudente, y el derecho a la autodeterminación nacional. A lo largo de la historia, en el país han surgido significativas corrientes opuestas al expansionismo que no invocaron necesariamente el Credo estadounidense, sino que consideraban que el militarismo era demasiado costoso o que estimularía las fuerzas más regresivas de la sociedad norteamericana. William Lloyd Garrison se opuso al poder esclavista, pero desconfiaba del Credo, y en el periodo de anteguerra insistió, como es bien sabido, en que la Constitución era «un pacto con la muerte y un acuerdo con el infierno». En periodos posteriores, algunos estadounidenses de origen africano, judío y puertorriqueño no se han opuesto al engrandecimiento nacional y al militarismo estadounidense por razones nacionalistas precisamente, sino porque no compartían el *ethos* patriótico, o no confiaban en él.

No sostengo que el «Credo estadounidense», tal y como Lieven lo define, sea completamente reaccionario, o que sus principios no se opongan a veces a determinados actos imperiales, tales como las retenciones de Guantánamo. Los resonantes artículos de la Declaración de Independencia son la primera encarnación sustantiva del ideal de soberanía popular; a pesar de que se suponía que los hombres blancos, en su mayoría acomodados, representaban adecuadamente al «pueblo». La noción de Credo planteada en el libro incluye un ideal de igualdad racial que tuvo un breve y precario momento de gloria durante la Reconstrucción de finales de la década de 1860, pero que pronto fue absorbido por la reintegración de los hacendados sureños como componente subordinado de la elite nacional. Mientras que Lieven ofrece un estudio histórico exhaustivo de la «antítesis», el Credo, tal y como él lo retrata, posee un carácter un tanto atemporal. El autor observa que dicho Credo «comprende un conjunto de grandes creencias y principios democráticos, jurídicos e individualistas en los que se basan el Estado y la constitución estadounidenses». Ha encontrado el Credo durante sus estadias en Washington, invocado de manera complaciente y ritual por columnistas, grupos de presión y estudiosos de todas las tendencias. Pero este formidable consenso no ayuda mucho a establecer qué le dio forma en el pasado, y pudiera dársela en el futuro. Como Howard Zinn y Eric Foner —entre muchos otros— han demostrado, el Credo siempre ha sido una entidad muy discutida y cambiante, no un conjunto fijo de principios abstractos. A menudo ha adoptado una forma predominantemente conservadora y reaccionaria, y la acomodación temporal a tesis más generosas o liberales ha sido obra de foráneos: rebeldes esclavos, abolicionistas, anarquistas, sufragistas, organizadores sindicales, rojos y activistas de movimientos sociales.

La igualdad racial no se incorporó a las creencias oficiales hasta hace muy poco: tras el movimiento a favor de los derechos civiles a mediados del siglo xx. Este ideal no se desplegó de manera natural, por una lógica interna del Credo, sino que se estableció por medio de luchas sociales repetidas e inacabadas, y gracias al contexto mundial de descolonización y competencia vigente durante la Guerra Fría, en el que la persistencia de la supremacía blanca y de la segregación se convirtió en una grave carga. Quienes lucharon a favor de los derechos civiles —entre ellos, comunistas muy patriotas— estuvieron, en general, más animados por un sentimiento de justicia y derechos humanos que por la piedad nacionalista o patriótica. Sin embargo, los dueños del poder que finalmente aceptaron quizá hayan considerado que hacerlo estaba en consonancia con el Credo.

A veces, parece que los términos del análisis efectuado por Lieven descansan sobre una definición indebidamente restringida de nacionalismo estadounidense: «Periodos de intenso nacionalismo, tales como el pánico que condujo a la Ley de Extranjeros y Sedición en la década de 1790, al movimiento xenófobo de los *Know-Nothing* en la de 1840, a la histeria antialemana en la Primera Guerra Mundial, a la xenofobia antijaponesa en la Segunda Guerra Mundial y al maccarthysmo de la década de los cin-

cuenta, fueron seguidos por la vuelta a un equilibrio más tolerante y pluralista». Varios de los episodios mencionados fueron seguidos por periodos que, de diferentes maneras, resultaron igualmente formativos para el nacionalismo estadounidense. El pánico de la década de 1790 expresaba el temor social desencadenado por la Revolución Francesa, más que un mero nacionalismo. Lo siguió una campaña antifederalista más afortunada de Jefferson y los Republicanos Demócratas. La victoria de Jefferson en 1800, la compra de Louisiana, la guerra de 1812 y la desintegración del federalismo sentaron las bases para algo que en muchos aspectos constituye el primer brote real de nacionalismo estadounidense, un momento captado en la composición de «la bandera estrellada». El Partido Republicano de la década de 1850 absorbió a los *Know-Nothing* del Partido Americano, y afirmó un nacionalismo dispuesto a librar un conflicto prolongado y sangriento para salvar la Unión, lo cual era un objetivo esencialmente nacionalista. Tras las dos guerras mundiales se dieron oleadas de supresión intolerante de aquellos considerados subversivos. Y, más que la revulsión contra el maccarthysmo, fue la derrota de Vietnam lo que ayudó a refrenar las prácticas imperiales.

Estados Unidos no es realmente el «país joven» que sus admiradores proclaman a veces: Lieven señala que, como entidad con una historia política y una tradición continuas, es uno de los Estados más antiguos del mundo. La única gran interrupción de esta historia fue la guerra civil que, al final, no cambió ni diluyó mucho su núcleo étnico y religioso, y de hecho fortaleció la definición del Credo. Aunque muchos estadounidenses creen que el término WASP (blanco, anglosajón y protestante) es ahora innecesario, Lieven señala que, por el momento, sólo ha sido elegido para la presidencia un hombre que no perteneciera a ese grupo, y no terminó su mandato. El sorprendente análisis que Daniel Lazare realiza de estos temas en *The Frozen Republic* (1996), una obra no mencionada en la bibliografía en general útil de Lieven, se centra en el culto a la Constitución, un elemento central del Credo. Demuestra que el sistema político estadounidense, con su antigua estructura de votación por mayoría relativa, en el cual el ganador recibe todos los votos, y la excesiva representación de los Estados pequeños y rurales ha conferido –al menos hasta ahora– una especie de poder de veto al «interior» nacionalista. Y todos los estadounidenses, por muy poco WASP que sean por nacimiento o inclinación, están encerrados en el abrazo de esta estructura nacional profundamente atrincherada.

En el capítulo sobre «El nacionalismo estadounidense, Israel y Oriente Próximo», Lieven señala un extraño caso en el que Estados Unidos ha aceptado que una alianza determine el objetivo, en lugar de que, como Rumsfeld prefiriere, el objetivo determine la alianza. El inquebrantable respaldo a Israel ha sido primordial en la política exterior estadounidense. El decidido alineamiento con todos los gobiernos israelíes ha creado más problemas de los que ha resuelto para los intereses imperiales estadounidenses en Oriente Próximo. Sin duda, el poder militar israelí intimida

a los países árabes, pero Israel no pudo, por razones obvias, unirse abiertamente a una coalición contra Iraq. Los partidarios y los clientes de Estados Unidos en el mundo árabe se han visto repetidamente debilitados por la negativa de su mecenas a imponer disciplina al aliado israelí.

El respaldo estadounidense a Israel deriva no sólo del considerable poder del AIPAC (*American Israel Public Affairs Committee*), sino también del apoyo de la Coalición Cristiana y de los neoconservadores. En conjunto, para las grandes empresas petrolíferas y el Pentágono, la alianza con Israel ha resultado más una carga que un activo. Lieven sugiere que muchos miembros de la Coalición Cristiana tienen razones teológicas para respaldar a los colonos judíos en Tierra Santa, de forma que, como dice Jerry Falwell, «el cinturón bíblico<sup>2</sup> debe ser el cinturón de seguridad de Israel». Lieven también nos recuerda que hace muy poco que buena parte del Medio Oeste ha quedado limpio de sus pueblos nativos, y que este recuerdo ha quedado vivo en las canciones, los relatos y el cine. No le sorprende que un grupo de colonialistas pueda simpatizar con otro. El sistema político estadounidense concede gran poder a los grupos de presión regionalmente concentrados, y les permite proyectar sus preocupaciones particulares en el escenario mundial con autoridad de superpotencia. Los estadounidenses de origen cubano residentes en Miami y los de origen polaco en el noroeste han hecho aproximadamente lo mismo. Lieven señala que la expansión de la OTAN hacia el este de Europa fue promovida por dichos grupos de presión, y no por una evaluación estratégica sobre cómo potenciar el desarme y la desmilitarización.

Lieven cree que Estados Unidos tiene la falsa ilusión de poder repetir en Oriente Próximo algo similar a la cadena de revoluciones que echaron abajo el poder soviético en Europa del Este. La analogía no le parece sostenible porque el nacionalismo de Oriente Próximo es antioccidental, o al menos antiestadounidense. Estados Unidos, que respaldó a las dictaduras locales y consintió el expansionismo israelí, será blanco, no beneficiario, de cualquier nacionalismo árabe de fondo. Las grandes empresas estadounidenses en busca de recursos o de contratos no serán bien recibidas, y los valores de Hollywood y de Madison Avenue desenterrarán. Por ahora, el argumento del nacionalismo de Oriente Próximo, presumiblemente árabe, es convincente.

Aunque no deja de criticar a los países europeos y a la Unión, la mayoría de las comparaciones que Lieven establece entre Estados Unidos y Europa son favorables a ésta. Los europeos son menos nacionalistas y belicosos que los estadounidenses, especialmente que los tejanos y los ciudada-

---

<sup>2</sup> El *Bible Belt* es un área que incluye determinados Estados sureños y del medio oeste de Estados Unidos en la cual el protestantismo ferviente constituye una parte integral de la cultura social. Aunque no puede adscribirse al mismo un perímetro definido se considera que el área que se extiende de Texas al norte de Kansas y de allí al este de Virginia, así como el territorio que va del sur al norte de Florida, constituye su núcleo más intenso. [*N. de la T.*]



nos del «centro» anglosajón estadounidense. Los diferentes países europeos albergan fobias y demonios nacionalistas tan peligrosos como los de sus homólogos estadounidenses, como atestigua el impacto de Le Pen o de Haider, pero Europa en conjunto carece de un equivalente a la «antítesis»: al «lo tomas o lo dejas» o al «Estados Unidos bien o mal». Y el universalismo de la «tesis» europea, en este momento, adopta una forma menos determinada.

A pesar de los brotes de nativismo, el *ethos* dominante de Estados Unidos ha recibido mejor a los inmigrantes, siempre que estén dispuestos a asumir el Credo y el «modo de vida» estadounidenses; aunque hay que admitir que este buen recibimiento no se ha extendido a muchos refugiados haitianos. Europa desalienta la inmigración, y en ella han obtenido mayor respaldo los políticos abiertamente racistas. Pero la «tesis» de la Unión Europea cultiva un tipo diferente de «multiculturalismo», basado más en las colectividades que en los individuos. Es multilingüe además de multicultural. Los países ex comunistas de Europa del Este se han unido o –como Turquía– esperan unirse a la Unión Europea. Estados Unidos no espera añadir nuevos Estados, desconfía de todos los organismos supranacionales y no está dispuesto a rendir un ápice de soberanía.

Lieven tiene razón al llamar la atención sobre la forma en que una gran potencia mesiánica, narcisista e interesada provoca una reacción nacionalista. Pero los problemas del poder estadounidense son más profundos: están también en juego cuestiones sustanciales de economía política y de clase. Las fuerzas democráticas de Oriente Próximo no favorecerán la enajenación de los recursos locales, y son profundamente suspicaces ante los acuerdos secretos con los mulás, ya sea en Irán o en otra parte, que han abierto el camino a los invasores. En Iraq, las autoridades de ocupación estadounidenses intentaron prohibir a Al Jazira, uno de los pocos signos de emergencia de una sociedad civil democrática en Oriente Próximo. De hecho, Estados Unidos sigue siendo el aliado natural de las elites locales, por muy represoras, corruptas o fanáticamente islamistas que sean, no de la clase media demócrata, y no hablemos de los trabajadores o los desposeídos. Los trabajadores de los campos de algodón de Uzbekistán o Tayikistán, y de los campos petrolíferos de Arabia Saudí o Iraq, quizá no sólo exijan el voto –con toda su importancia– sino también que su situación se transforme de manera tangible.

Las fuerzas de clase no quedan en absoluto completamente olvidadas. De hecho, Lieven las invoca en su conclusión cuando advierte: «Si las clases medias [estadounidenses] siguen desmoronándose, es posible que [...] se lleven con ellas uno de los pilares esenciales de la estabilidad política y de la moderación estadounidenses». Como otros «antiimperialistas» antes que él, incluido J. A. Hobson en su clásico *Imperialism*, Lieven considera que el proyecto imperial es enemigo de los intereses de la mayoría de los ciudadanos de la metrópoli. Insta a frenar las descaradas desigualdades del capitalismo estadounidense y a mejorar las garantías de la seguridad

dad social. Cree que es posible establecer un capitalismo más reglamentado, que ofrezca una existencia decente para todos, mientras que el imperio impone de hecho pesadas cargas al contribuyente estadounidense. Pero para convencer a la elite y a las «clases políticas» estadounidenses de todo esto será necesaria una presión política y una crisis de poder como las que ayudaron a provocar la retirada de Vietnam.

Se dice que, cuando se sugirió que debía adoptarse el águila como elemento central en el escudo de la nueva república, Benjamin Franklin respondió que de hacer falta un ave para esta función, el pavo sería más adecuado y deseable. Si bien Lieven proporciona una crítica en general excelente de la cultura política dominante en Estados Unidos, pasa por alto la ironía y el sarcasmo de las culturas subalternas –desde Michael Moore a los Simpson, desde Chomsky a *Counterpunch*– que también podrían ayudar a perforar las pretensiones imperiales y nacionalistas. No obstante, *America Right or Wrong* consigue ser un ensayo sostenido de política comparativa y un innovador estudio sobre un demiurgo del mundo contemporáneo.